



**BIBLIOTECA**

- 250 -  
**ORAXIÁTICA.**

**COLECCION DE COMEDIAS**

**REPRESENTADAS CON ÉXITO**

**EN LOS TEATROS**

**DE MADRID.**







# LA NOVIA DE ENCARGO.

Comedia en un acto, original de Don Luis Fernandez-Guerra, representada con aplauso en el teatro de Variedades, el dia 9 de marzo de 1853.

### PERSONAS

### ACTORES.

- Doña Aurora. . . . . Doña. T. Lamadrid.
- Dolores. . . . . Doña. C. Osorio.
- D. Antonio. . . . . D. J. Arjona.
- D. Carlos. . . . . D. E. Arjona.
- D. Calisto. . . . . D. F. Osorio.
- Felipe, mozo de la fonda. D. J. Alisedo.
- Un ganapan, que no habla.

La accion se supone en Córdoba, 1853. . . . .  
Galeria ó cenador del patio de una fonda. A la derecha en el proscenio, una mesa con sillas; otra á la izquierda. Puerta en el foro, que es la principal, y varias laterales.

### ESCENA PRIMERA

Doña Aurora y Don Antonio sentados á la mesa de la derecha, acabando de almorzar; Dolores permanece en pie detrás de ellos. Felipe retira el servicio de mesa con prontitud.

ANT. A lo menos, mi querida sobrina, justo es confesar que en esta fonda reina un aseo digno de la mayor alabanza, circunstancia poco frecuente en esta clase de establecimientos. Ya se ve acostumbrada á las comodidades que ofrece nuestra hermosa casa de Sevilla, nada puede parecerte mas agradable; pero yo, que viajo con tanta frecuencia, no puedo menos de apreciar en su debido punto lo que vale encontrar en una posada un patio fresquisimo, como este con sus árabes columnas de mármol, sus baldosas, su fuente y sus arrayanes; y lo que es mejor todavía, entoldado con esa frondosa parra de uvas moscateles, donde se quiebran y debilitan los rayos del sol.

DOL. Válgame la Virgen, y como afirma su merced que

son moscateles las uvas de esa parra, cuando aun no se distinguen los racimos!

ANT. Como aseguro que eres la moza mas entremetida y bachillera de todo el universo. Pero volviendo al asunto de nuestra conversacion; añado que si se verifica tu viaje á la corte, en virtud de la alianza que tengo pronosticada...

AUR. Maravillárame yo, si al cabo de tan dilatado discurso, dejasen de salir a la palestra ese proyectado viaje, y el consabido casamiento. He consentido en uno ni en otro, por ventura, ó tan poco importa mi voluntad, que no debe consultarse en negocio de tanta importancia?

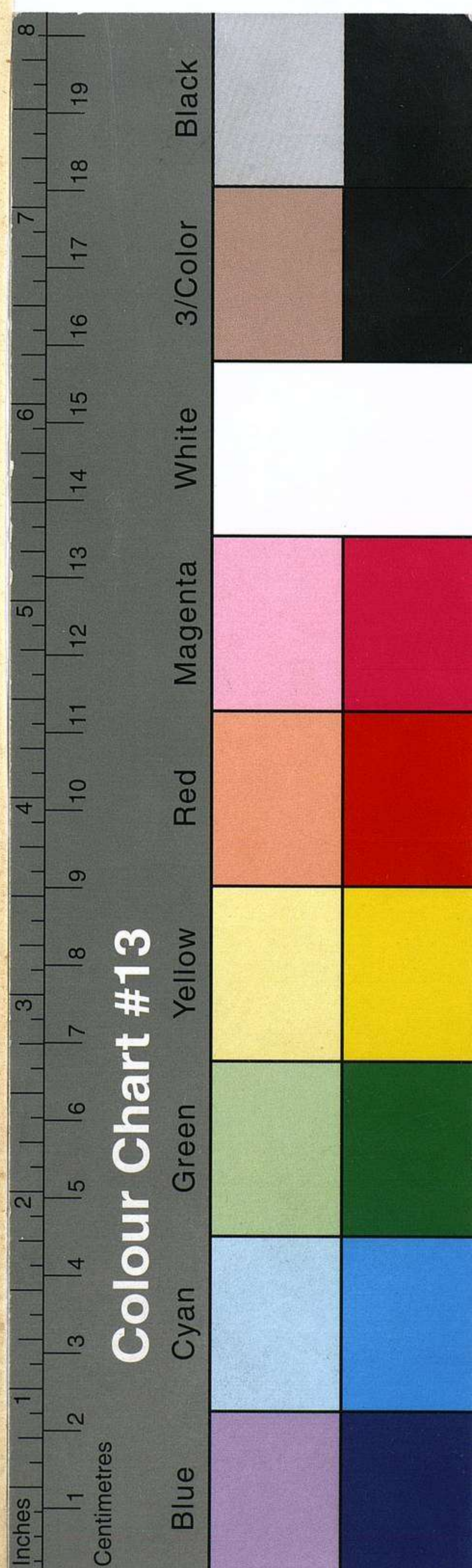
ANT. Tu voluntad, sobrina del alma, se halla siempre en completa contradiccion con la mia, sin conocer que solo ambiciono tu cariño y tu felicidad. Viuda eres sin hijos, y libre como el pez en el agua, por lo que nadie tiene derecho ninguno sobre tu albedrio; pero si yo lo tuviese, no por eso trataria de violentar tus inclinaciones; te aconsejaria, como te aconsejo, que tambien el olmo seco y carcomido, sirve para sostener una yedra.

AUR. Qué prueba mas reciente de mi cariño, de mi sumision y respeto, que el haber acompañado a usted en esta expedicion a Córdoba, donde ni la feria, ni la novelesca entrevista que me tiene preparada, pueden ofrecerme el mas pequeno atractivo?

ANT. Y por qué razon?

AUR. Porque yo no puedo interesarme por un hombre á quien ni he tratado con intimidad, ni conozco siquiera. Estas cosas piden mayor espacio y menos artificio.

ANT. Veo que das á la aventura una importancia que no se merece. He aqui el origen de mis indirectas sobre tu futura colocacion. Tengo en Madrid un íntimo amigo, llamado don Carlos de Urbina, rico descendiente de una familia ilustre, y jóven de prendas en extremo re-



comendables. Como sabe mi afición á las flores, y él es tan atento y tan diligente para todo, no tuve reparo en encomendarle la adquisición de algunas plantas extranjeras, cuyo encargo me remitió al instante, aunque sin manifestarme su precio. Insto para que lo verifique, pero se niega á complacerme; suplicándole, como mozo alegre y bromista, que le busque en recambio una novia andaluza. Contesto á mi amigo en el mismo tono, que la tengo elegida; quiere saber su nombre y circunstancias; le hago una pintura exacta de tu persona; pretende conocerte, y quedamos aplazados para la feria de este pueblo. Nada sería tan grato para mí como el que se tornasen en veras las inocentes burlas, pero lejos de creer segura la venida de mi amigo, ni aun la considero probable.

AUR. Quién había de pensar que un tío tan bondadoso, fuera capaz de cambiar á su sobrina por una camelia?

ANT. Eh! (*levantándose.*) Bien sospechaba yo, que acabarías por incomodarme.

AUR. Venga usted acá, señor mío, que á pesar de ser yo la persona verdaderamente ofendida, no he de consentir que se separe de mí tan enojado.

ANT. Averiguemos, antes que nada, en qué consiste la ofensa que supones haber recibido.

AUR. Confiese usted que nuestra expedición á este pueblo dá cierta apariencia de formalidad á su historia, que me coloca en una posición bastante ridícula.

ANT. No señora, no lo confieso; porque ya tengo manifestado, que no ha de concurrir á la cita la única persona que pudiera interpretar en su favor nuestro viaje.

AUR. Pero, está usted seguro de que no ha de venir?

ANT. Digo y repito que así me parece.

AUR. Y eso es lo más probable, si no ha de estimular á su amigo de usted otro aliciente que la pintura que le tiene hecha de mi persona.

ANT. Poco a poco, señora sobrina. Su tío de usted podrá ser un mamarrachista en el terreno de las artes, yo no se pintar, pero mi amigo don Carlos es demasiado galante para desairar mis retratos.

AUR. Eso no obs á para que desprecie los originales.

ANT. Y si tratase de conocerlos? Y si viniese qué dirías?

AUR. Que considera muy fácil la victoria, quien arrostra, sin otro antecedente, la empresa de rendir por asalto el corazón de una mujer que le es desconocida.

ANT. Mujeres, mujeres! Hay una cosa más susceptible que vuestra vanidad? (*á Dolores.*) Dame ese sombrero.

Aun no han dado las nueve, y quiero evacuar cierta diligencia antes de que apriete el calor. Advierte á la maritornes que nos hace la cama, que no levante polvo en mi alcoba, y no te olvides de regar aquellos tiestos de flores que hay en los balcones de nuestro cuarto.

DOL. Y para qué tengo de regar esas macetas, si son del fondista?

ANT. Para qué las has de regar? Para que no se sequen. Y en verdad que no reparas de quién son las flores, cuando te emperejilas y te las colocas en la cabeza. (*á Doña Aurora.*) Deme usted esa mano. Aunque sea necesario tanto espacio de tiempo para decidirse y enamorarse, espero que no me niegues el consuelo de elegir un esposo digno, antes de mi muerte. Conque hasta la vuelta.

AUR. Vaya usted con Dios.

ANT. Estaré aquí antes de que llegue la diligencia.

## ESCENA II.

DOÑA AURORA, DOLORES.

AUR. Imposible me parece, que no tenga mi tío en este asunto mayor interés del que manifiesta. Si fueran ciertas mis presunciones! Si hubiera concertado mi casamiento sin contar con mi voluntad!

DOL. Desengáñese usted, señorita; lo que don Antonio desea es ver aumentada su familia, y no es tan viejo que si usted se resiste en el matrimonio, no pueda caer en la tentación de procurársela por su propia cuenta, en cuyo caso, á Dios mi dinero.

AUR. Nunca he pensado en heredarle. Pero le amo tanto, que me será muy sensible verme obligada á contrarestar sus disposiciones.

DOL. No me parece que hay motivo para alterarse de esa manera. Los hombres no se enamoran ni por relaciones ni por cartas: y no hay que pensar otra cosa, sino que ese ponderado galán se estará en sus Madriles mano sobre mano, y al acceño de caza segura, sin acordarse del Andalucía; que los jóvenes de ahora, por lo que tengo experimentado, ni gustan de las cosas difíciles, ni siendo ricos abandonan sus intereses por todas las mugeres del mundo.

AUR. Quién te ha dado permiso para formar conjeturas sobre un asunto que no te interesa? Si á lo menos hubieras dicho alguna cosa puesta en razón. Pero, por qué no ha de venir?

DOL. Eso mismo es lo que pensaba en este momento. Por qué no ha de venir? No faltaba otra cosa sino que se hiciese de pencas el señorito, porque es cortesano. Quizá será de esos que presumen llevarse de calle todos los corazones...

## ESCENA III.

DOÑA AURORA, DOLORES, FELIPE, atraviesa la escena se dirige á los bastidores ó puertas de la izquierda, como si hablase con las personas que se supone estar en el interior.

FEL. El coche de Madrid. (*vase.*)

DOL. Tan pronto? Bien ha caminado la diligencia.

AUR. Yo te aseguro que no dirán otro tanto los pasajeros.

DOL. (*con intención.*) Y mucho menos los que esperan el carruaje.

AUR. Yo no espero á nadie. El que venga ó deje de venir la persona por quien lo dices, será para mí un acontecimiento de todo punto indiferente.

## ESCENA IV.

DOÑA AURORA, DOLORES, D. CARLOS y D. CALISTO, en traje propio de camino, se adelantan hácia el proscenio sin fijar su atención en aquellas.

CAL. Gracias á Dios que nos encontramos en tierra firme! Es seguro que ninguno de aquellos peregrinos árabes que venían desde la Meca, según me has contado, á visitar el zancarrón de Mahoma en la mezquita de esta ciudad, experimentó al llegar á ella un placer semejante al mío. Y eso que estoy mojado y medio ahogado, y casi reventado. ¡U! Aquí por lo menos puede un cristiano abrir la boca, sin que el polvo le terraplene los pulmones. (*sacudiéndose el polvo con un pañuelo.*)

CAR. No creo tan urgente el despolvorearse, que sea necesario molestar á esta señorita.

CAL. (*á don Carlos.*) Vuelta con las consideraciones al

bello sexo? Y no había reparado en ella. Qué guapa es!

**CAR.** (En efecto, es lindísima.) (habla aparte)

**CAL.** (á don Carlos.) (Pues la doncella mebece; también que se la tome en consideración. Ahora venás como si aprovecharme de tus lecciones.) (á don Carlos.) Us-ted perdúne, señorita, si inadvertidamente, como he dicho, he estado hablando con usted. (habla aparte)

**AUR.** Esta usted dispensado?

**CAL.** De movimiento del carruaje le trastorna á uno de tal manera...

**AUR.** Es seguro?

**CAL.** Pero entre viajeros, porque supongo á usted foras-terio es indispensable cierta indulgencia, cierta con-fianza...

**AUR.** En efecto.

**CAL.** Y hace mucho tiempo que se encuentra usted en esta población?

**AUR.** Así, así.

**CAL.** Y qué tal? Le parece á usted divertida?

**AUR.** Phis...

**CAL.** (á don Carlos.) (Chico, qué mujer tan locónica! Me decido por la criada.)

**DOL.** (á don Aurora.) (Mire usted si conocieron al mo-mento que les usted ifonásteras?)

**CAL.** Pues señor, maldito viaje! Y tú tienes la culpa de todos los percances que nos han sucedido. Al demo-nio no se le ocurre semejante diablura. Cambiam en Ocaña, á las puertas de Madrid como quien dice, nues-tros cómodos asientos de berlina por otros tantos de cupé, y todo para obsequiar á dos señoras que tuvie-ron la necesidad ó el capricho de encaramarse en la boardilla del carruaje.

**CAL.** De las cuales una se encontraba en extremo indis-puesta.

**CAL.** Precisamente la más joven. Enhorabuena que se hubiera venido la mina á nuestro departamento! Muy puesto en razón que tú ocuparas su lugar en aquel ob-servatorio astronómico al lado de la etra, pero qué te-ñía yo que ver con la vieja, para cederle mi localidad? Yo que no quiero parecer galante á costa de mi como-didad ni de mi bolsillo?

**CAR.** Te parece que hubiera sido decoroso consentir que se separasen?

**CAL.** Y por qué no? Además, que yo hubiera cuidado de la hija mejor que su madre.

**CAR.** En fin, un prodigio.

**CAR.** Para qué tratar de lo que ya no tiene remedio? Lo cierto de ellos es, que tú cumpliste como correspondía, y que no debes arrepentirte de ese donativo.

**CAL.** Forzoso.

**CAR.** Forzoso ó voluntario, tanto la madre como la hija te han dado repetidas muestras de su agradecimiento durante el camino.

**CAL.** Si la madre, no me lo acuerdes. Pues no tenía valor ni aquel basilisco para preguntarme en todas las paradas. «Como le vá á usted, compañero. Cuando pudo conocer por experiencia propia, que debía venir echando los bofes?»

**CAR.** Diga lo que quieras, desde el cupé se goza mejor la deliciosa vista del campo.

**CAL.** Si la deliciosa perspectiva de la Mancha, y sobre todo, se disfruta del aire, y del polvo, y del sol, y de la luna, y del calor y del frío de la madrugada. Hom-bre, antes que volver á Madrid de la manera que he-mos venido, preferiría atravesar el desierto sobre un dromedario. (don Aurora y Dolores hablan aparte según lo indica el diálogo.)

**DOL.** Apostaría cualquiera cosa á que ya tenemos el no-vio en campaña.

**AUR.** Tendré que seguir adelante la broma para no inco-

modarme. Sepámos cual le parece de los dos el desig-nado por misterio.

**DOL.** Indudablemente este. Este del dromedario.

**AUR.** Excelente denominación! Pero, en qué te fundas para afirmarlo con tanta certeza?

**DOL.** Yo le diré á usted. Como don Antonio asegura que están completo, y así en el capricho lo que es un capricho.

**AUR.** Con que te agrada menos el otro?

**DOL.** Ebotro, eso sí, tiene un aire muy caballero, y así muy... Pero á mí me gustan mucho las personas ale-gres.

**CAL.** (á don Carlos.) Y qué hacemos ahora?

**CAR.** Ante todo, asearnos para descansar.

**CAL.** No sería mejor descansar almorzando, para asear-nos la garganta, que es la parte más empolvada de nuestro cuerpo? Pero aquí tenemos el equipage.

ESCENA V

Doña Aurora, Dolores, D. Calisto, D. Carlos, un mozo cargado con equipage, Felipe.

**CAR.** Hola, muchacho.

**FEL.** Qué mandaba usted, señorito?

**CAR.** Un cuarto para los dos.

**FEL.** Será usted servido, (vase.)

ESCENA VI

Los mismos, menos Felipe.

**AUR.** (á Dolores.) (Una vez que tienes tanta curiosidad por conocer á esos viajeros, puedes averiguar sus nom-bres, observando con cautela las marcas de sus equi-pages.)

**DOL.** (Y yo tan tonta que no había caído en ello, sabiendo leer.)

ESCENA VII

Los mismos y Felipe.

**FEL.** Aquí tienen ustedes la llave del número siete. Cuar-to magnífico, con sala, dos alcobas, balcones á la calle.

**CAR.** Basta. Guia á ese mozo, para que coloque en él nuestro equipage, y traeme un refresco.

**FEL.** De qué lo quiere usted?

**CAR.** Me es indiferente. De naranja.

ESCENA VIII

Los mismos, menos Felipe y el mozo que le sigue.

**DOL.** (Hablan aparte don Aurora y Dolores.) Pues se-ñor, nos hemos equivocado de medio á medio.

**AUR.** Cómo es eso? No apostabas cualquiera cosa á que ya teníamos el novio en campaña?

**DOL.** Nombres mas particulares que los suyos, no espe-ro oírlos en todos los dias de mi vida! Vea usted, co-mo que el uno se llama Ca, y el otro Cu.

**AUR.** Qué disparate! Esas serán las iniciales.

**DOL.** Y qué significan las iniciales?

**AUR.** (C. A... C. U... Carlos Urbina. Qué casuali-dad!)

ESCENA IX

Los mismos, y Felipe, que trae un vaso de refresco y lo coloca sobre la mesa de don Carlos.

**FEL.** Aquí tiene usted el refresco.

**AUR.** Felipe, traeme también á mi otra naranjada.

**DOL.** Mire usted que le vá á hacer daño sobre el al-muerzo.

AUR. Qué entiendes tú de medicina? (vase Felipe.)

CAR. (se levanta y coloca el vaso sobre la otra mesa próxima á doña Aurora.) No estrañe usted (á doña Aurora.) que me tome la libertad de ofrecerle esta mia.

AUR. Agradezco la atención, pero no la acepto. En mi es un capricho lo que en usted una necesidad.

CAR. Que verá satisfecha dentro de breves instantes; pero haria un verdadero sacrificio, si fuese necesario, antes que perder el honor de servir á usted, que la suerte me proporciona.

CAL. Y no hay que resistirse! Bueno es el niño para dejarse vencer en esto de galanteria! Precisamente es su flaco.

CAR. Hombre, quieres callar?

CAL. Digo que ese es tu fuerte. Me habia equivocado.

DOL. (á doña Aurora.) (Mucho me engaño, si no llega tarde el madrileño de las flores.)

AUR. Mejor será que entornes las maderas de los balcones de mi cuarto, para que no entre el calor.

DOL. (Ya te entiendo.) No quiere usted venirse arriba?

AUR. Mas tarde subiré. (al retirarse Dolores se detiene escuchando la conversacion de don Carlos y don Calisto.)

CAR. Pronto acabarán de comer nuestros compañeros de viaje; los que siguen hasta Sevilla.

CAL. Es verdad. Ya se me olvidaba que tengo que despedirme de ellos!

CAR. Sobre todo, la consabida...

CAL. Como que me han ofrecido su casa en Madrid, calle de Sal-si-puedes, número catorce, cuarto quinto interior, con entresuelo.

CAR. Oh! Pues entonces es indispensable atenderlas hasta el último momento.

CAL. Vienes conmigo?

CAR. No; luego pasará á saludarlas.

DOL. (á don Calisto que va detrás de ella.) Mire usted que va equivocado! Allí está el comedor.

CAL. No quiere usted que la acompañe, mi vida?

DOL. Corra usted, no le echen de menos esas señoras que viven en la calle de... Entra-si-quieres.

**ESCENA X.**

DOÑA AURORA, D. CARLOS, FELIPE con otro vaso de refresco que coloca sobre la mesa próxima á don Carlos.

CAR. Cómo se llama esta señorita? (hablan aparte don Carlos y Felipe.)

FEL. Se llama... se llama... Qué diantre! Se llama... El caso es que la tengo en la punta de la lengua, pero no me puedo acordar.

CAR. Maldita sea tu lengua!

FEL. Ella, segun entiendo, ha venido de Cádiz... ó Sevilla... ó de Jerez...

CAR. O de Pequin.

FEL. No señor, de Pequin se me figura que no ha venido.

CAR. Pero quién la acompaña?

FEL. Una doncella, á lo que parece.

CAR. Y quién mas?

FEL. Ah! si. Un caballero que tiene de ser su padre... ó se marido... Ello es que se tocan muy de cerca algo de parentesco.

CAR. Que sea enhorabuena.

FEL. Quiere usted saber alguna cosa mas acerca de...

CAR. No, muchas gracias. Estoy suficientemente enterado. Habráse visto semejante mastuerzo!

AUR. Felipe.

FEL. Señorita.

AUR. Ha venido la diligencia de Sevilla?

FEL. Aun no, pero poco puede tardar.

AUR. (hablan aparte doña Aurora y Felipe.) Sabes quién pueda ser este caballero?

FEL. Si señora. Pues no lo tengo de saber? Es uno de los pasajeros que acaban de llegar en el coche de Madrid, compañero del otro que estaba con él; como que han pedido un solo cuarto para los dos. Buen equipaje! Sus correspondientes baules de cuero y sacos de noche, todo nuevito.

AUR. Eh! Qué me importan á mi los baules de cuero?

FEL. Ya! Usted quiere que le pregunte cómo se llama?

AUR. Jesus! No tengo ningun interés en averiguarlo.

FEL. Pues si no me necesita usted para nada...

AUR. No. Vete, vete.

### ESCENA XI.

DOÑA AURORA, D. CARLOS.

CAR. (Si yo pudiera indagar...)

AUR. (Si fuera él...)

CAR. (después de una pausa.) Qué me decia usted?

AUR. Yo? Nada.

CAR. (después de una pausa.) Quiere usted manifestarme la causa de que permanezca intacto ese refresco?

AUR. Ah!... Si? la causa de... Observo que puedo dirigir á usted la misma pregunta.

CAR. Ciertamente. Tan embelesado estaba, que no reparé en él cuando me lo trajeron.

AUR. Yo tambien me distraje de tal manera, que no me he cuidado de tomarle.

CAR. Qué coincidencia tan particular, si fuese tambien análogo y reciproco el origen de nuestras distracciones; porque yo pensaba en usted en este momento.

AUR. (levantándose.) No creo haber dado motivo para que usted imagine tan exacta correspondencia.

CAR. No señora, todo lo contrario, todo lo contrario. Estoy muy lejos de suponer un hecho tan inverosímil.

AUR. (se sienta y dice después de alguna pausa.) Ello es que usted se ocupaba de mi persona?

CAR. No puedo menos de confesarlo.

AUR. No es un crimen la curiosidad?

CAR. Y la admiracion?

AUR. Mucho menos. Con que usted admiraba?

CAR. Un prodigio de la naturaleza!

AUR. Ja! ja! Tal vez encuentra usted en mi fisonomia el retrato exactísimo de alguna persona que le es muy amada?

CAR. No señora. Mi entusiasmo consiste en que no se parece usted á ninguna.

AUR. Declaro á usted, por si le puede convenir, que aprecio á los hombres ingenuos, aunque parezcan desapacibles, y detesto á los que por costumbre ó galanteria apenas ven una muger cuando se muestran apasionados de ella.

CAR. Prevengo á usted que soy castellano.

AUR. Pero de la corte.

CAR. (después de una pausa) dice aproximándose á doña Aurora.) Si hablo á usted con la franqueza que me es propia, podré obtener que me conteste del mismo modo?

AUR. Si señor. Precisamente yo no sé hablar de otra manera.

CAR. Mire usted bien lo que promete!

AUR. Está concedido.

CAR. Pues comienzo. Toda declaracion amorosa, cuando proviene de una persona que no agrada, debe ser para ustedes una cosa...

AUR. (con mucha expresion.) Insufrible, insoportable.

CAR. Usted ha temido que yo le hiciese una manifestación de ese género.

AUR. No digo que no.

CAR. Luego le soy á usted, por lo menos, indiferente.

AUR. Es la pura verdad.

CAR. Mal principio es la indiferencia!

AUR. Cree usted preferible la antipatía?

CAR. Si señora, porque todos los extremos se tocan. Desagradando á usted al principio, no sería difícil que sucediese mas adelante lo contrario; pareciéndole indiferente es pleito perdido.

AUR. Y considera usted como una desgracia el no haberme agradado?

CAR. Afortunadamente, no soy tan impresionable como la mayor parte de los hombres.

AUR. Ya se vé, usted será persona bastante acomodada.

CAR. No me puedo quejar de la fortuna.

AUR. El amor y el dinero suelen caminar raras veces unidos.

CAR. Sin embargo, la prueba de hoy ha sido terrible. Hasta he llegado á sospechar que estaba enamorado.

AUR. Cuando digo que acabará usted por declararse...

CAR. No señora. Nada sentiría tanto como parecerle á usted insufrible é insoportable.

AUR. Tratemos de otra cosa.

CAR. Lo que usted guste. Tratemos de otra cosa.

AUR. (después de una pausa.) Y cómo opina usted acerca del matrimonio?

CAR. Cómo he de pensar? Lo creo casi siempre útil y muchas veces necesario.

AUR. Es decir que usted, á pesar de todo, se casaría?

CAR. Si señora, por reflexion.

AUR. Que quiere decir por conveniencia.

CAR. No me opongo. La belleza, el talento y la virtud en una muger, son dotes de mucho valor para no llamarse convenientes.

AUR. Usted no viaja obligado por sus negocios.

CAR. No señora.

AUR. Ni por entretenimiento.

CAR. No señora.

AUR. Usted viaja, sin duda alguna, con objeto de casarse.

CAR. Usted lo ha acertado.

AUR. (Oh! Es el mismo.)

CAR. Tanta penetracion me hace creer que es usted andaluza.

AUR. Si señor.

CAR. Sevillana.

AUR. Efectivamente.

CAR. Pero aseguraria que no tratá usted de casarse.

AUR. De ninguna manera.

CAR. (Oh! Es la misma.) Y si alguna persona, para usted respetable, tuviese gusto en ello...

AUR. Contra mi voluntad? Es imposible.

CAR. Y si lo hubiera dispuesto anticipadamente, sin contar con su voluntad de usted, un tio, por ejemplo.

AUR. Basta, caballero. (levantándose.) Será usted, por ventura don Carlos de Urbina?

CAR. Por mi desgracia llevo ese nombre, que es para usted tan alarmante.

AUR. Si es cierto lo que acaba usted de referirme, espero que no abusará de la posicion en que se encuentra. Yo no me casaré nunca con una persona á quien no ame.

CAR. Viva usted tranquila. Yo tampoco pretenderé que se case conmigo una persona que no me pueda amar. Estoy desengañado, por lo que acaba usted de manifestarme, y haré presente á su tio las razones que me obligan á devolverle su palabra. (disponiéndose para irse.)

AUR. Un momento.

CAR. Hable usted lo que quiera.

AUR. Usted sabe que don Antonio es mi segundo padre; pues bien, conozco la ternura con que me ama, y tengo muy presentes los beneficios que me ha dispensado para rebelarme ostensiblemente contra sus deseos. Que ignore siempre la causa por qué abandona usted sus pretensiones!

CAR. Eso es imposible. Perderia el aprecio que le he merecido; su amistad, mi reputacion.

AUR. Me negará usted el único favor que le he de pedir en toda mi vida?

CAR. Pero, señora, diga usted lo que hiciera, si se encontrase en mi lugar.

AUR. Yo?...

ESCENA XII.

DOÑA AURORA, D. CARLOS, FELIPE *atravesando la escena como anteriormente.*

FEL. El coche de Sevilla. (vase.)

AUR. Oh! (como poseída de una idea repentina.)

CAR. Ha encontrado usted algun medio que pueda sacarnos decorosamente de este conflicto?

AUR. Si estuviera usted enamorado de mi, si señor.

CAR. Suponga usted que la adoro con toda mi alma!

AUR. Lo dice usted con tanta vehemencia!

CAR. Que parece verdad?

AUR. Que casi me decide á proponer á usted el grande sacrificio de que se trata.

CAR. Mande usted, y procuraré obedecerla.

AUR. Lo que importa es ganar tiempo, evitando una esplicacion con mi tio; y si en la diligencia que acaba de llegar de Sevilla, resultase algun asiento, desocupado...

CAR. Quiere usted que emprenda ahora mismo un segundo viaje, cuando aun no he tenido lugar para descansar del primero?

AUR. Estaba segura de la negativa de usted, á pesar de su ofrecimiento.

CAR. Ese recurso no pone á cubierto de ningun modo mi responsabilidad.

AUR. No puede usted escribir desde la corte escusando su falta con algun accidente imaginario?

CAR. Renunciar á la esperanza de parecer á usted soportable siquiera, á fuerza de trato y de merecimiento!

AUR. Complaciéndome en lo que le pido, me parecerá usted mas que soportable. Me parecerá usted...

CAR. Eh?

AUR. Con qué se decide usted á marcharse?

CAR. Cualquiera dia que tiene usted mas interés en alejarme de su lado, que en sincerarse con su tio.

AUR. No he dicho nada. Haga usted lo que le parezca.

CAR. No señora, estoy decidido. Y bien sabe el cielo lo que me cuesta semejante resolucion!

AUR. Siento el mal rato que pasará usted por el camino...

CAR. Eso es lo de menos. Separarme de usted para siempre! En fin, voy á prevenir á mi compañero de viaje, y á tomar el billete. En estos casos lo mejor es cerrar los ojos y arrojarse al agua de cabeza como los nadadores. A los pies de usted.

AUR. Beso á usted la mano.

ESCENA XIII.

DOÑA AURORA y después FELIPE.

AUR. No pensaba que se decidiese tan pronto. Pero que tiene de extraño si no me ama? Sin embargo, me ha parecido observar... y no creo equivocarme tan fácilmente.

te. Este hombre es incomprendible. A veces tan expresivo, á veces tan indiferente... Pero siempre simpático, respetuoso y atento. Es necesario impedir su partida á cualquier costa. Felipe.

FEL. Señorita?

AUR. Corre á la administración de diligencias, y apalabra todos los asientos que resulten disponibles para Madrid en el coche que acaba de llegar de Sevilla. No te detengas.

FEL. Pero si no dará á ustedes tiempo para disponer el equipaje.

AUR. A ti qué te importa?

FEL. Corriente, corriente. (Buena será irles ajustando la cuenta, porque á última hora...)

ESCENA XIV.

DOÑA AURORA, FELIPE, D. CALISTO.

CAL. (á Felipe que se retira.) Eh! muchacho, muchacho. Sabes tú donde se halla mi compañero de viaje?

FEL. Si, Señor. Me parece que ha subido á su cuarto. No es cosa de señor, acaba de salir en este momento.

CAL. Pero de dónde?

FEL. Como la casa tiene dos puertas, no es que haya pasado al comedor.

CAL. Cuando acabarás de explicarte?

FEL. El debe de andar por ahí.

CAL. Qué quiere decir por ahí, ¿ganzápio?

FEL. Que estoy muy de prisa. (vase.)

CAL. Anda con dos mil de á caballo... Y yo que necesitaba verle ahora mismo.

AUR. Creo que buscaba á usted para despedirse.

CAL. Para despedirse de nuestros compañeros? Si hace media hora que se marcharon.

AUR. Para despedirse de usted.

CAL. Qué está usted diciendo?

AUR. Se me figura que trata de tomar un asiento para Madrid, en el coche que acaba de llegar de Sevilla.

CAL. Eso es imposible, imposible! Usted quiere que me dé un torozon? Abandonarme de esa manera, dejarme sin guia, sin amparo... Precisamente cuando necesito

obras que nunca del auxilio de su experiencia, de su prudencia, de su...

AUR. ¡Jalija!

CAL. Se está usted burlando de mí?

AUR. Nada de eso. Siento su disgusto de usted.

CAL. Disgusto! Usted ignora lo crítico de mi situación! Aunque estrañe usted la confianza, nada me importa. Figúrese usted que yo he venido á Córdoba con objeto de casarme; que no es un proyecto tan fácil como creia en un principio, que hay mil dificultades que vencer, de manera que si se pierde la menor oportunidad quedamos lucidos. Y ahí es nada! Porque al fin, aun cuando yo no estoy desnudo y tengo que...

...comer, á Dios gracias; ella, la novia, tiene para cenar. Y no faltará algun alma piadosa que le proporeione á ustedes el desayuno.

CAL. Llámeme usted a che; casualmente hay una herencia en expectativa...

AUR. También una herencia?

CAL. Con decir á usted que es negocio que merece la pena de contraer el indisoluble vinculo, no tengo nada que añadir. Pero la fuga de mi amigo desconcierta todos mis planes. A un hombre rico, independiente, como lo es él; que viaja por su gusto, que causa puede obligar á tomar las de villa-diego con tanta precipitacion? Esto es inconcebible.

AUR. Usted puede desenganarse, escuchándolo de su propia boca.

CAL. En efecto, estoy perdiendo un tiempo precioso con esteriles lamentaciones. Corro á buscarle. Si yo supiera quién tiene la culpa... Quede usted con Dios.

ESCENA XV.

DOÑA AURORA, FELIPE.

AUR. Este hombre ha perdido la cabeza (viendo venir á Felipe.) Has tomado ya los asientos?

FEL. Como si los hubiera tomado, no hay prisa ninguna. tendrá usted los que necesite. Casualmente queda desocupada toda la berlina y parte del interior, y como ustedes son tres personas solamente...

AUR. Está visto que me hará perder la paciencia.

FEL. Con que aquí tiene usted la cuentecita.

AUR. Eh! No estoy ahora para cuentecitas.

FEL. Pues no estará usted luego mas despacio, se ha de marchar.

AUR. Cuando acabarás de decir necesidades? Corre. Corre.

FEL. Pero si le digon á usted. Vámos., no hay motivo para incomodarse de esa manera. Berlemos la administracion enfrente de casa. (vase.)

AUR. Ya será tarde cuando llegue. Si volviese mi tio...

ESCENA XVI.

DOÑA AURORA, DOLORES.

DOL. Señorita, señorita.

AUR. Qué quieres?

DOL. Diga usted ahora que yo no tengo distinto yodocimiento. Bien me lo declaraba el corazon! Pero no hace usted caso ninguno de lo que estoy hablando.

AUR. Y bien, qué ha sucedido que merezca tanta alabanza?

DOL. He visto llegar á D. Antonio: está á la puerta de la calle. Apenas divisó á aquel; Aquel forastero que me gusta á mi tanto...

AUR. Ya, el del dremedario.

DOL. Ese mismo; cuando se arrojó á él con los brazos abiertos. Como se conoce que son muy amigos! Como se apretaban!

AUR. Y qué quieres decir con eso?

DOL. Dudará usted todavia que sea ese el novio que estamos esperando?

AUR. Ya no lo dudo.

DOL. Con que tengo razon? Con que no me habia equivocado?

AUR. Digo que no lo dudo; porque me consta que no es él, aunque no sé como se llama.

DOL. Váigame Dios! Ahora salimos con que no es ese; que es el otro.

AUR. Ni ese, ni el otro, ni el de mas allá, ni ninguno. (viendo venir á don Carlos.) Mira, retírate.

DOL. (Otra vez arriba? Malo, ya prestmo lo que puede ser esto.)

ESCENA XVII.

DOÑA AURORA, D. CARLOS.

CAR. No sabe usted cuanto me alegro de encontrarla.

AUR. Viene usted á despedirse definitivamente?

CAR. No señora; vengo á hacerle á usted una confesion bastante dolorosa. A pedirle perdón de un agravio que solo el amor pudiera disculpar.

AUR. (Ya estrañaba yo que se hubiera reducido tan fácilmente.) Esplíquese usted.



CAR. No hablaré una sola palabra, si antes no promete usted perdonarme y oirme con toda la indulgencia de que es susceptible un corazón generoso y magnánimo.

AUR. Me pone usted en cuidado con tantas prevenciones.

CAR. No me niegue usted la gracia que acabo de pedirle.

AUR. Está usted perdonado.

CAR. Pues bien, señora, yo no soy la persona que usted se figura. Me llamo don Calisto Alcocer.

AUR. Pero qué significan estos enredos?

CAR. D. Carlos Urbina, mi amigo y compañero de viaje, tuvo la franqueza durante el camino, de referirme minuciosamente la historia de su proyectado casamiento. Llegamos á Córdoba, veo á usted; su presencia arrebató mis sentidos, y su conversacion me enajenó. Pronto adivine que era usted la inapreciable joya destinada para mi amigo, y ciego de amor, concebí el proyecto de arrebatárselo su tesoro. Qué locura! Al explorar su corazón de usted, cayeron por tierra todas mis esperanzas. De qué me sirve haberla engañado, tomando un nombre, que no me pertenece, sino de bochorno y de remordimiento?

AUR. Su conducta de usted, caballero, no es merecedora de ninguna consideracion.

CAR. Qué mayor castigo, que mi corta ventura? Dentro de un instante usted se verá libre de mi presencia, y yo...

AUR. Con que venimos á parar en que su ridículo compañero de viaje es...

CAR. Su futuro esposo de usted.

AUR. Preferiria la muerte; á casarme con semejante sugeto.

CAR. Las cartas que me ha manifestado el mismo don Carlos, demuestran que su tío de usted tiene un interés particular, en que se lleve á efecto ese enlace.

AUR. Y qué le mueve á usted para martirizarme de esa manera? Bien conozco lo difícil de mi posicion, y sé que me encuentro abandonada á mis propios recursos.

CAR. Ojalá pudiera prestar á usted el apoyo que necesita!

AUR. Ah!

CAR. Si yo tuviera el derecho, único que puede autorizar á un amante, crea usted que desbarataria ese proyecto, aunque me costase la vida.

AUR. Y existe, por ventura, algun medio que pueda destruirle?

CAR. Oh! Yo conozco diferentes recursos.

AUR. (con interés.) Entonces, obre usted, en obsequio de la desgracia, cómo si tuviese ese derecho único que puede justificar su conducta.

CAR. Cómo he de suponer que usted me ama, cuando me consta que le soy, por lo menos, indiferente?

AUR. Perdone usted que le diga que está equivocado.

CAR. Cómo, usted se digna confesar...

AUR. Que profeso á usted la deferencia que se merece...

CAR. Pero que no basta para el objeto de que tratamos.

AUR. Si me encontrase en la alternativa de elegir entre usted y don Carlos, no dudaria un solo momento para decidirme...

CAR. En favor mio?

AUR. En favor de usted.

CAR. Es don Carlos tan... pobre hombre! De dos males siempre escogemos el que nos parece menos temible.

AUR. Un sugeto como usted es tambien preferible á otros muchos...

CAR. De la misma estofa?

AUR. No tiene usted razon para suponer que hago tan poco aprecio de sus cualidades...

CAR. No es prueba suficiente, el desagrado con que ha recibido usted, hasta la mas respetuosa indicacion del sentimiento que me inspira?

AUR. Una mujer no puede escucharse de otro modo á un desconocido, sino más que le agrade.

CAR. Pero si le agrada, tampoco le destierra sumariamente como usted hizo con tigo.

AUR. O sí le destierra.

CAR. Estraño modo de proceder!

AUR. Hay quien se castiga á si propio, y en la persona mas querida, por razones incomprendibles.

CAR. (con interés.) Será usted de los que se encuentran en ese caso?

AUR. Yo no me refiero á persona determinada. Hablo en general.

CAR. Usted ha tratado de justificarse.

AUR. No señor.

CAR. Luego me alejaba usted de su lado por aborrecimiento?

AUR. No señor.

CAR. Usted me aprecia?

AUR. Si señor.

CAR. Y me distingue?

AUR. Si señor.

CAR. Y... qué mas?

AUR. Le parece á usted poco?

CAR. Ya se ve, á usted le parecerá demasiado.

AUR. A mi me parece... Qué no tiene usted motivo para quejarse.

ESCENA XVIII.

Doña Aurora, D. Carlos, Felipe.

FEL. Señorita.

AUR. (interrumpiéndole.) Déjame.

FEL. Lo siento infinito, pero... qué se ha de hacer? Ha llegado usted tarde.

AUR. (interrumpiéndole.) Esta bien.

CAR. (Siente que la importuna.)

FEL. Ojos han tomado la delantera.

AUR. (esquivando la conversacion.) Qué me importa?

FEL. Tenian pedidos con anticipacion los asientos que resultasen vacantes en el coche de Sevilla.

AUR. (con la mayor impaciencia.) Basta, basta.

FEL. Conque yo no tengo la culpa.

AUR. Bueno, vele.

FEL. (Pues señor, se ha compuesto mejor de lo que yo esperaba.) (vase.)

AUR. (contestando á la expresion con que mira don Carlos.) Ese hombre debe venir equivocado.

CAR. No señora. Ese hombre ha caído del cielo para descifrarme un misterio, que sus labios de usted no se atrevian á declarar.

AUR. Qué misterio?

CAR. O usted ha tratado de evitar mi partida, ó teniendo que marcharse á la corte, ha querido que la acompañase.

AUR. Está usted en su juicio?

CAR. Desde que he visto á usted, no puedo asegurar si lo estoy.

AUR. Y tendrá usted valor para suponer...

CAR. Señora... Yo no encuentro otra explicacion... Ah! A no ser que haya usted encargado ese asiento para regalármelo á mi. (después de una pausa y acentuando las expresiones.) Eh?... (pausa.) En su finura, en su talento de usted me cuesta trabajo creer posible una ocurrencia tan particular... Usted ha debido conocer, que no estoy en el caso de aceptar una fineza que pudiera llamarse pago del servicio que se me exigia.

AUR. (Oh!)

CAR. He acertado? (pausa.) Vea usted, yo he sido, sino mas feliz, mas eficaz que su comisionado de usted, y

nyá tengo un billete de berlina dentro de mi cartera. (pausa.) Me parece que van á llamar al coche, y necesito dar orden para que coloquen mi equipage. Esta si que es la última despedida! A los pies de usted.

AUR. D. Calisto!...

CAR. Señora...

AUR. (después de un momento de lucha interior.) Quiere usted manifestarme ese billete?

CAR. Tome usted. (dúsele. Doña Aurora toma el billete y le rompe.) Ah! soy el mas venturoso de los hombres! (se arrodilla á los pies de doña Aurora, y besa una de sus manos que ella le abandona.)

AUR. Todo se ha conjurado en favor de usted para descubrirle los sentimientos de mi corazón.

ESCENA XIX.

DOÑA AURORA, D. CARLOS, D. ANTONIO y D. CALISTO vienen por el foro.

ANT. Cuando le digo á usted que no es posible que se marche!

AUR. (separándose rápidamente de don Carlos.) Cielos, mi tío!

ANT. Quietos, quietos. No soy tambien de la familia? (á don Carlos.) Ante todo, venga un abrazo. (á doña Aurora.) Cuánto debo, querida sobrina, á tu docilidad!

AUR. (Yo no sé lo que quiere decir?)

ANT. Cáspita, si han aprovechado ustedes el tiempo!

AUR. (con dignidad.) Pero, tío...

ANT. No hay que ruborizarse. Si para alcanzar la mano de una belleza, fuera preciso un merecimiento semejante al que nos cuentan de Jacob, que guardó siete años los rebaños de su futuro suegro, á fé que no se casarian en esta época mas de cuatro. A propósito de casamiento; aqui te presento á mi amigo don Calisto Alcocer, que tambien trata de casarse y deseaba conocerte.

AUR. (señalando á don Calisto y dirigiéndose á don Carlos. Este manifiesta querer disculparse.) Cómo, el señor es...

CAL. (á don Antonio.) Ya!!! esta señora fué quien me dijo lo del viaje de mi compañero don Carlos. (á doña Aurora.) No es así?

AUR. No recuerdo precisamente...

CAL. (Válgame Dios, cómo se miente en Andalucía!)

AUR. (ap. á don Carlos.) Usted me ha engañado.

CAR. (ap. á doña Aurora.) Daré á usted mil explicaciones.

AUR. (ap. á don Carlos.) Su conducta de usted es al-

CAR. (ap. á doña Aurora.) No acaba usted de perdonar-

AUR. (ap. á don Carlos.) Poco leal!

ANT. Cualquiera diria que estan ustedes regañando. Eso es caminar muy de prisa. Tiempo les queda para reñir despues que se casen.

AUR. (resentida.) Aun no me he casado todavía.

ANT. Pero, qué significa esto? De qué se trata?

CAR. De un engaño, de un ardid amoroso que solicito que me perdone.

ANT. Y te lo perdonará, por complacerme, no lo dudes. Vamos, niña...

CAL. Yo tambien intercedo por él, aunque no entiendo la jota de lo que está pasando.

AUR. Yo le perdono, pero que ninguno me lo agradezca.

ANT. Por qué?

AUR. De las musas en el templo, cómo negar el perdón cuando pide la ocasión ayudar con el ejemplo?

Si hoy dichosa me contemplo es porque engañada fui.

CAR. Puede ser que por ahí alguno se llame á engaño.

CAL. No tendrá nada de extraño.

AUR. Pues tome ejemplo de mi.

FIN.

Gobierno de la provincia de Madrid. — Madrid 18 de setiembre de 1852. Examinada por el señor censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse. — El gobernador — Ventura Diaz.

MADRID, 1853.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.



